

Derribar los moldes: visiones emancipatorias hacia la academia desde *miradas libertarias*

Tomás Quevedo Ramírez

(Universidad Central del Ecuador)

[ntquevedo@uce.edu.ec]

E-ISSN: 2173-1071

IC - Revista Científica de Información y Comunicación
2017, 14, pp. 245 - 248

Tarín, A. (coord.) (2015). *Miradas Libertarias*. Catarata: Madrid.

Abrir la interpretación del mundo, desde enfoques emancipadores, es el objetivo central del libro *Miradas libertarias*, coordinado por Adrián Tarín. La primera interpelación al lector es la posibilidad de pensar las Ciencias Sociales, el liderazgo, la investigación, la ciudad, la violencia y el feminismo, desde una perspectiva crítica que toma como base de reflexión al anarquismo. El texto se compone de un prólogo, escrito por Carlos Taibo, y ocho capítulos realizados por diversos autores y autoras

Tradicionalmente, la construcción académica se ha pensado de forma jerárquica, es decir, superponiendo enfoques y conocimientos que se consideran de mayor validez que otros. Esto constituye una visión instrumental de la ciencia, representada en modelos universitarios al servicio de intereses privados y de grandes empresas que fortalecen el aparato militar de países que viven del exterminio.

El conocimiento, la ciencia y la formulación intelectual construida desde estos modelos funcionales, decantan en un mundo atravesado por violencias de diversos tipos: la explotación, la marginación, la exclusión... condicionando la existencia humana a cambiar o desaparecer. Es en este marco que *Miradas libertarias* aporta con una reflexión sobre la única salida de esa realidad, que “pasa por la autoorganización, la democracia directa y el apoyo mutuo” (p. 7).

Sus autores proponen, tal como el título sugiere, una mirada libertaria a diversos campos del quehacer académico. En el libro se observan esfuerzos por construir un entendimiento diferente en relación con diversas problemáticas, rompiendo con lo “que puede hacerse o debe hacerse con la sabiduría académica” (p. 7), para construir nuevos conocimientos cargados de fuerza transformadora, o que en última instancia, nos dejen preguntas abiertas sobre las formas y las intensiones por las que conocemos el mundo.

El texto comienza planteando los retos de una investigación social con tintes anarquistas, en la que sus autores destacan que un enfoque de este tipo partiría de dos premisas. La primera, que otro mundo es posible, es decir, que puede darse un salto en las relaciones/exclusiones de clase, género y raza. La segunda plantea el rechazo a metodologías que observan desde la torre de marfil a los sujetos y propone a la etnografía como alternativa, pues “proporciona un modelo rudimentario de cómo podría funcionar una práctica intelectual revolucionaria no vanguardista” (p. 18). Dicho carácter revolucionario no vanguardista está relacionado con la posibilidad de discutir nuevas prácticas intelectuales, que vean más allá del ego académico, la consagración y la supuesta objetividad de la ciencia, buscando en el proceso de investigación la visibilización de aquello que está excluido, o incluso las posibilidades de disputa de un nuevo sentido común.

Lo central es la posibilidad de construir investigación autónoma, la cual “se nutre a través de un proceso en el que la teoría y la práctica se retroalimentan de una manera cíclica, interrelacionando la acción y la reflexión, rompiendo así con otro falso dualismo que opone la ciencia teórica y práctica” (p. 40). Hacer investigación es apostar de forma directa por desbordar la relación sujeto-objeto, tal como propone la escuela de la Investigación Acción Participativa (IAP) en Latinoamérica, cuyo objetivo claro es aportar a la transformación de la realidad.

Si una de las ideas con más fuerza de este volumen es la posibilidad de cambio desde los aportes reflexivos que la academia pueda ofrecer, otro de los fundamentos centrales del texto es repensar la idea del anarquismo, partiendo de entender que “la utopía anarquista, lejos de buscar un mundo feliz, armonioso y, por tanto, homogéneo y totalitario, busca el despliegue de las individualidades a partir de las potenciación colectiva de las mismas” (p. 70). Como lo expone Alejandra Ríos al final de su capítulo, “la utopía no es más que el futuro que cada cual puede concebir y pensar hoy, el cual se construye con los otros mediante el discurso y la acción” (p. 72).

Partiendo de esta manera de comprender el anarquismo, otra de las miradas libertarias propone ver con otras lentes el urbanismo, algo que necesariamente significa entender, construir y vivir la ciudad como un fenómeno coetáneo a la expansión del capitalismo, en el que se reflejan un conjunto de contradicciones producto de este modelo económico: informalización de la economía, violencia, drogas, turgurización o gentrificación. Así, “la ciudad es en parte un reflejo en el espacio de la organización social” (pp. 105-106). La configuración del espacio urbano esta marcada por las perspectivas de clase: los ricos ponen muros en sus casas para que los pobres no se atrevan a entrar, a menos que sean miembros del servicio doméstico.

Este sistema que configura jerarquías en todos los campos nos enmarca en un proceso para entender que tanto “la lucha de clases como la lucha por la conquista de la igualdad de género tienen enemigos comunes, entonces y ahora: el sistema capitalista y el patriarcal” (p. 147). Esto debido a que uno de los discursos que acompañó el proceso de constitución del capitalismo fue el machismo, la división sexual del trabajo y la función “natural” de la mujer de reproductora de la fuerza de trabajo. Las autoras de este capítulo resaltan la importancia de la mujer en la construcción de organizaciones y en los frentes de batalla durante la Guerra Civil y, como fueron precursoras de la difusión del anarco-feminismo en España, plantean la necesidad del reconocimiento de ese pasado y la memoria. “Los colectivos feministas actuales deben mucho a aquellas mujeres pioneras (...) organizadas en torno a unos ideales que no dejaron instrumentalizar a los grupos políticos, defendiendo su independencia y el reconocimiento de sus derechos como principio de lucha feminista” (p. 147).

En otro de los capítulos se aborda la idea de la violencia desde el anarquismo. El propio coordinador del libro, Ardían Tarín, comienza contrastando los disturbios que acompañan los procesos de movilización social frente a la coacción sistémica. ¿Son violencias equivalentes? Tarín parte del supuesto de que hay que “aceptar que la violencia posee diversos grados, manifestaciones, e incluso que es polisémica en la medida en que su significado varía en función de quien la ejecute y, más aún, sobre quiénes sea ejecutada” (p. 189). En el sentido de esta reflexión se justifica el uso de la violencia en las manifestaciones de carácter político, sin embargo ¿es lo mismo la violencia del pueblo que la violencia del Estado? En este sentido, se distinguen dos tipos de violencia, la sistémica y la antisistémica, en medio de las que los actores políticos pueden optar tanto por enfrentar de forma directa a las fuerzas represivas o hacer acciones de carácter “no-violento”. Sin embargo, esta mirada finaliza con una reflexión sobre los aportes y naturaleza de la “no-violencia”, en tanto que método inflexible incapaz de dar respuesta a las necesidades de las minorías.

El capítulo final discute desde una perspectiva histórica y socio-jurídica la compleja relación entre Estado y Derecho. El autor realiza un cuestionamiento desde la perspectiva del pluralismo jurídico, tornando a la discusión del derecho en un campo de disputa, sobre todo en espacios/lugares donde conviven formas diferentes de entender la experiencia en el mundo. El pluralismo jurídico es más evidente en Latinoamérica, debido al enfrentamiento constante entre la institucionalidad jurídica tradicional y la justicia indígena, puesto que los primeros pretenden la universalidad, la jerarquización y la homogenización normativa, absorbiendo otras realidades y reglamentos.

Miradas Libertarias, sin duda, contribuye a la construcción de un horizonte emancipador, no sólo en plano académico y discursivo, puesto que destruye los moldes formales, funcionalistas y positivistas heredados por la academia; sino también en la praxis, pues involucra de manera directa al otro como parte constitutiva de un proyecto que abre los ojos a partir de la reflexión para la acción, o, como se dice en las tierras andinas, diciendo-haciendo.